

- COFFYN, A., *Quelques épées du Bronze Final du Sud-Ouest de la France*, BSPF, LXIV, 3, 1967, p. 785-797.
- ESCALERA URUEÑA, A., *Examen de laboratorio de los materiales de «La Joya» (Huelva)*, en GARRIDO ROIZ, J. P. y ORTA GARCÍA, M. E., *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya» (Huelva). II*, EAE, 96, 1978, p. 213-238. (Se alude a ciertos objetos de la Ría de Huelva.)
- MOHEN, J. P., *L'Age du Bronze dans la region de Paris*, Paris, 1977.

## EL CONJUNTO ARQUEOLOGICO DE UBIERNA. CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA MESETA NORTE

I. SITUACIÓN Y EMPLAZAMIENTO.—La localidad de Ubierna se halla a 17 km. al N. de la capital de provincia, en la carretera de Burgos a Santander junto al río que lleva su nombre. Dos factores han determinado su situación; por una parte, está en una amplia y rica vega, por otra se encuentra junto al desfiladero tajado por el mismo río. Este fue una de las principales vías naturales de comunicación con el Norte, por eso desde antiguo su seguridad estratégica y su prosperidad económica permitieron el establecimiento de un importante núcleo de población.

En una de las plataformas rocosas del desfiladero que mira hacia la vega, denominadas La Polera, existe un importante castro de la Segunda Edad del Hierro, conocido ya desde el siglo pasado. Por el N. y S. sendos escarpes de muy difícil acceso constituyen unas defensas naturales de primer orden. La superficie del yacimiento es muy grande y la profusión de hallazgos a lo largo de ella nos pone de manifiesto el valor que pudo tener en esta época. Su emplazamiento denota, pues, el carácter defensivo que tenía.

El paso desde el centro de la provincia hacia el Norte sólo se podía realizar en la Antigüedad a través de ciertas vías naturales. En esta época se observa que dicho paso debía efectuarse a través de unos desfiladeros labrados por los ríos que, de N. a S. y en paralelo, desaguan en el Arlanzón. Así, vemos que en una línea que cruza perpendicularmente a los mismos de E. a W. se sitúan una serie de lugares de características muy similares ubicados en estos pasos estratégicos. En este sentido cabe citar el castro de Rodilla en Monasterio de Rodilla que daba acceso a la Bureba, y al N. de éste los de Pancorbo. Más al W., el castro que nos proponemos estudiar. En Huérmeces el de San Vicente, el cual vigilaba el tránsito por la vía del Urbel; este último no parece muy importante, pero pocos kilómetros al S. está el de la Nuez de Abajo. Finalmente podríamos señalar los de Ordejón de Arriba y Ordejón de Abajo, Humada, Peñas de Valdecastro en Icedo y Amaya, entre otros. Falta por determinar el valor que pudo tener el desfiladero de Peña-

horada; los hallazgos arqueológicos son muy escasos, aunque últimamente está deparando nuevos materiales de la Edad del Hierro<sup>1</sup>. Parece seguro que estos riscos eran utilizados ya desde la Edad del Bronce, por lo menos, como vías de tránsito y comunicación entre el N. y el S. La dispersión de los monumentos megalíticos de esta provincia algo nos señala al respecto<sup>2</sup>. En todos estos yacimientos, junto a la uniformidad de emplazamientos (castros situados en los puntos vitales de las vías naturales de comunicación y de acusado carácter defensivo) observamos una gran semejanza formal y decorativa en los materiales cerámicos de los distintos poblados. Esto nos induce a suponer que debió existir una relación íntima entre ellos ya que sirvieron de punto de enlace entre los castros de la cuenca del río Arlanzón y los del Rudrón y Ebro, situados al N. de esa cuenca.

Aparte del yacimiento situado en el término de La Polera existe otro frente a la ermita en el lado opuesto de la carretera de Burgos a Santander, entre ésta y el río Ubierna, por tanto dentro propiamente de la vega y otro más en el término El Cueto. El emplazamiento del primero en una planicie levemente destacada favorecía la presencia de un establecimiento de época romana dentro de las innumerables villas que se conocen al Norte del Duero. Esta no es una excepción, y sus restos (piedras de muros, estucos, cerámica...) son los comunes a este género de lugares. Hay que hacer notar el hecho de hallarse entre los restos característicos de la época romana otros de la Segunda Edad del Hierro claramente emparentados con los del castro. Habrá que esperar a la aparición de otros materiales para encontrar una explicación adecuada y que a lo mejor no está lejos de admitir un antiguo castro previo al enriscado de La Polera (en realidad vigila también de manera óptima el tránsito por la vía natural del desfiladero) y cuya localización favoreció más que la pronta presencia de una villa anterior incluso al fenómeno de los *fundi* del Bajo Imperio.

II. EL CASTRO. ARQUITECTURA DEFENSIVA.—El castro de Ubierna ocupa, como dijimos, prácticamente la plataforma rocosa culminante teniendo aproximadamente una forma trapezoidal con extensión aproximada de 2 hectáreas. Las murallas están en función de las defensas naturales, y sólo existen allí donde faltan éstas o las mismas son un punto de debilidad. Así, tenemos que en los sectores NE. y SW. dos poderosos escarpes rocosos le hacían casi inaccesible. Sólo tiene muralla, pues, en el SE. y NW. En este último a pesar de coincidir con el lado que da al desfiladero, y de su carácter roquero, nece-

<sup>1</sup> J. A. ABÁSULO, I. RUIZ VÉLEZ, *Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partido Judicial de Burgos*, Burgos, 1977, p. 37.

<sup>2</sup> En estos desfiladeros hay cuevas y abrigos que, según noticias, han dispensado materiales de época paleolítica.

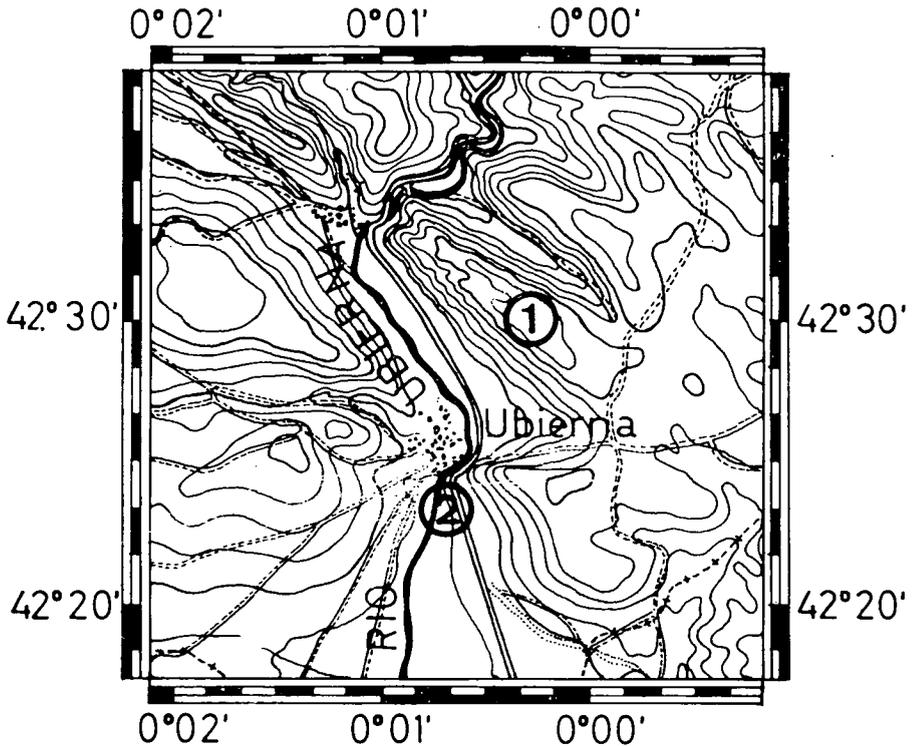


Fig. 1.—Ubierna: 1. La Polera; 2. Yacimiento situado junto al río Ubierna. Hojas 1/50.000 Inst Geog. números 167 (Montorio) y 200 (Burgos).

sita ser defendido en algunos puntos; por esta causa un lienzo de muralla une ambos escarpes. No parece que fuera muy ancha a juzgar por lo que ha quedado de ella (no pasaría en ningún caso de los 2,5-3 m.). La entrada principal estaba en el sector SE., de más fácil acceso y allí es donde se encuentra el amurallamiento más sólido. Estaba formado por dos recintos de considerable anchura. En superficie se conservan dos grandes apilamientos de piedra, y aún existen sobre el terreno sendos taludes, que posiblemente tuviesen 4 m. de espesor. Hacia el centro de la muralla, coincidiendo con la situación de la entrada, los muros se ensanchan considerablemente y se vuelven sobre sí mismos, para hacer más segura la defensa. No se ha conservado ningún lienzo que permita ver su estructura ya que toda la superficie del castro ha estado en explotación agrícola hasta fechas muy recientes. Suponemos que, siguiendo la tónica general de los castros, estaría formado por dos paramentos de piedra, interno y externo, de mampostería en seco. El relleno se haría con piedra suelta que es la que aparece en los apilamientos citados. Por ahora no puede decirse si tenía o no cimentación, aunque ello es presumible ya que al no tener como

base la roca natural deberían buscar un firme seguro. Parece cierta la existencia de un tercer muro perpendicular a la puerta excavada en la roca. Por sus reducidas dimensiones posiblemente tuviese un carácter meramente diferenciador entre dos sectores dentro del castro. El segundo, el más occidental, donde no aparece ningún resto arqueológico, quizás responda a un encerradero de ganado.

Con todos estos datos podemos poner de manifiesto algunas consideraciones. En primer lugar, la muralla y el emplazamiento responden sin duda a una circunstancia concreta de carácter defensivo e incluso ecológica. Por esta razón encontramos, por una parte, doble muro en el sector más accesible, así como otro más que divide el poblado en dos núcleos netamente definidos. Sin embargo, son escasos los datos arqueológicos en este sentido para hacer conclusiones definitivas. En todos los castros de esta área geográfica ha sido prácticamente imposible reconstruir el trazado original de sus amurallamientos, de ahí los inconvenientes para establecer una normativa general. Es sintomático que en todos ellos hayan aparecido materiales exclusivos de la Segunda Edad del Hierro, salvo algunas formas que enlazan con el Bronce Final y el Primer Hierro, pero a nuestro juicio son perduraciones de viejos tipos. Quizás las excavaciones nos permitan encontrar un substrato de este período. El hecho en sí de aparecer restos desde un período determinado puede señalarnos el inicio de este tipo de asentamiento con arquitectura defensiva.

Otro aspecto a destacar dentro del castro es la existencia de un foso natural en el cual se advierte la mano humana en su remodelado. Se inicia junto a la entrada principal, cruza el poblado de forma longitudinal y va a morir al escarpe SW. Suponemos que será elemento diferenciador de dos zonas dentro del castro. Es posible que el sector entre el foso y el escarpe SW. responda al poblado inicial, posteriormente ampliado hasta el arranque del otro escarpe. Es curioso cómo en un área concreta de esta última zona aparece, junto al cortado, gran cantidad de material cerámico, huesos y alguna bola celtibérica. Puede responder a una primitiva necrópolis que debió de quedar integrada en el recinto; la nueva hubo de trasladarse a una zona más alejada del poblado, al E. del castro propiamente dicho con dos áreas: una formada por un campo de túmulos (hemos podido comprobar cerca de 25) y otra supuestamente de incineración en urnas.

La identificación de las puertas es tarea fácil. Por una parte tenemos la entrada principal aproximadamente en el centro del muro SE. Está determinada por un engrosamiento de los muros que se incurvan en forma de embudo. La entrada a aquella se efectuaba a través de una rampa no muy pronunciada que accedía al castro. Esta peculiaridad es típica de los castros portugueses, de la Meseta Occidental y del NW. Justamente por aquí pasa

el único camino actual que comunica con las tierras situadas dentro del poblado. La otra puerta está en el escarpe SW. labrada en la roca. Es una característica poco común en los castros. El acceso a la misma es muy difícil, pero según testimonios de los lugareños, por ella han pasado cabalgaduras una vez superada la pendiente.

No se han encontrado plantas de viviendas por las circunstancias arriba indicadas, por lo tanto tampoco es posible conocer su distribución dentro del poblado. D. Hergueta recoge la noticia de que durante la Guerra de la Independencia existían aún viviendas, utilizadas como refugio durante la invasión francesa<sup>3</sup>.

III. LOS HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS. LA CERÁMICA.—Los materiales encontrados en este yacimiento son abundantes y se conocían ya, como apuntábamos más arriba, desde el siglo pasado. P. Madoz<sup>4</sup> cita que en La Polera hubo una población «y esto parece confirmado por las monedas y otros efectos de oro y plata que se han encontrado en dicho lugar». D. Hergueta<sup>5</sup> habla de «monedas con el jinete», piedras labradas, trozos de vasijas con círculos y rayas, cenizas, restos de construcciones, un dios Mercurio de bronce (actualmente en el Museo Arqueológico Provincial) así como un cordero del mismo material vendido a un anticuario de Santibáñez de Zarzaguda (hoy en día de paradero desconocido); finalmente un pie o asiento de bronce de una vasija que él cree, por su tosquedad y por la aparición en La Molina de Ubierna de puntas de sílex, de la Edad del Bronce. Finalmente nosotros hemos hecho un estudio parcial del castro y la necrópolis<sup>6</sup>.

Los hallazgos cerámicos que a continuación estudiamos proceden casi exclusivamente de la necrópolis, habiéndose encontrado algunos muy interesantes en algún sector del castro, además de un cuchillo dentado de sílex. Recordemos que, debido a la maleza que prolifera dentro del recinto al dejar de labrarse las tierras desde hace algún tiempo, no es fácil encontrar materiales arqueológicos en superficie. Todos proceden de diferentes prospecciones y por tanto sin una sucesión cronológica precisa. Si nos atenemos exclusivamente a las características técnicas los podemos dividir en dos grandes grupos. Uno de cerámicas de pastas oscuras que van del pardo claro al negro hechas a mano, de pasta no muy compacta, granulosa, con o sin decoración, y a veces,

<sup>3</sup> D. HERGUETA, *Noticias históricas de Ubierna*, BCPMBurgos, 46, 1934, p. 28.

<sup>4</sup> P. MADUZ, *Diccionario geográfico*, Madrid, 1847, IX, p. 255.

<sup>5</sup> D. HERGUETA, *Noticias históricas de Ubierna*, ob. cit., p. 28-29.

<sup>6</sup> J. A. ABÁSULO, *La Vía Aquitana de Astorga a Burdeos a través de la provincia de Burgos. Estudios sobre comunicaciones de época romana en los valles de los ríos Arlanzón y Arlanza*, Tesis doctoral mecanografiada, Valladolid, 1972, p. 519-520; I. RUIZ VÉLEZ, *La Segunda Edad del Hierro en la cuenca del Río Arlanzón (Burgos)*, Memoria de Licenciatura mecanografiada, Valladolid, 1976, p. 56-57; J. A. ABÁSULO, I. RUIZ VÉLEZ, *Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partido Judicial de Burgos*, ob. cit., p. 50-51.

en las más groseras, de cocción defectuosa pues se parten con mucha facilidad. Algunas de ellas, pocas, presentan engobe y, un número mayor, la superficie espatulada, destacando algún fragmento por su perfección. Al segundo grupo corresponden aquellos fragmentos de color rojo claro o anaranjado, de pastas mucho más finas, tamizadas, compactas, de perfiles muy delgados, generalmente hechas a torno correspondiendo al tipo denominado genéricamente celtibérico.

En cuanto al primero, su textura, muy granulosa en algunos casos, les da un aspecto tosco. El espesor es relativamente grande ya que hay fragmentos que alcanzan los 10 mm. Los que han sido recogidos dentro del castro, corresponden a formas muy abiertas con decoración formada por impresiones de dedos; quizás constituyan vasos de tradición antigua. Materiales de este tipo no aparecen en la necrópolis. Hay vasos de paredes muy finas (4-5 mm.) pero de textura muy rugosa, también con gránulos blancos y cocción deficiente. Generalmente suelen tener la superficie exterior espatulada, y en algunos casos aparece bruñida con un brillo característico. Es común que también tengan un engobe, siempre de color más claro que el de la pasta. Otras veces ambas circunstancias coinciden en un mismo fragmento. Todos están hechos a mano. Algunos presentan ciertas dudas, pero, como apuntamos, en contrapartida la pasta no es lo suficientemente compacta como para admitir la presencia del torno, aunque sea lento. En cuanto a las formas cabe destacar la gran monotonía del conjunto. Corresponden a vasijas globulares exclusivamente, de cuello más o menos abierto. Se trata de vasos panzudos con el labio ligeramente vuelto hacia fuera, presentando ocasionalmente asas con decoración que se repite tanto en la panza como en el labio. Tipológicamente presentan grandes similitudes con las estudiadas por nosotros en Castrojeriz<sup>7</sup>, pero sin alcanzar la perfección técnica de aquéllas. Téngase en cuenta, como ya apuntamos oportunamente, que en ese yacimiento la variedad de formas y decoraciones es más compleja. En muchos casos el cuello es de pequeñas proporciones y suele presentar decoración en la parte superior del labio. No aparecen fragmentos con carena ni troncocónicos, lo que a nuestro juicio es un aspecto a destacar, aunque sí hay alguna forma intermedia. La más antigua del grupo podría ser una con el cuello suavemente esbozado (fig. 2, n.º 6) determinado por un menor espesor del perfil presentando una decoración de rehundidos en la panza además de impresiones en la parte superior del borde. No parece corresponder a un vaso netamente globular y su aspecto es bastante tosco. En todos estos casos el tamaño es reducido. Interesante es el fragmento (fig. 2, n.º 14) que presenta un asa o muñón de pequeño tamaño

---

<sup>7</sup> J. A. ABÁSULO, I. RUIZ VÉLEZ, *El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas indígenas*, Sautuola, II, Santander, 1976-1977, p. 269, fig. 2, n.º 1.

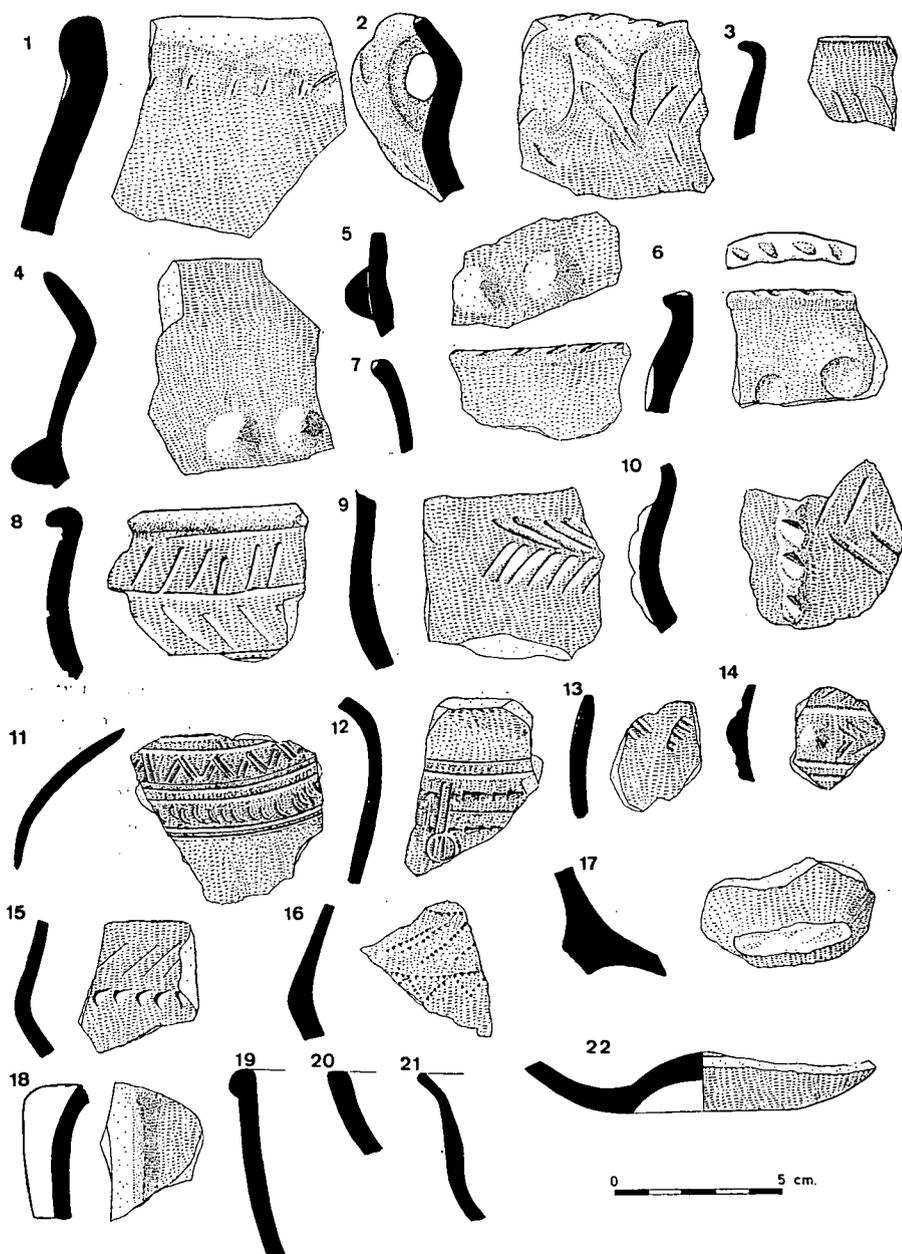


Fig. 2.—Ubierna. Cerámica procedente de La Polera.

y que por su forma y disposición nos recuerda un vaso de la necrópolis de Las Cogotas<sup>8</sup>. También han aparecido algunos con tetones o mamelones muy agudos, asociados en grupos de dos que se suceden a lo largo del vaso. Otros están más suavemente esbozados y nos recuerdan los clavos de los vasos metálicos, característica que es típica de esta área (recordemos los vasos aparecidos en los castros de Lara<sup>9</sup>. Frente a estas formas hay cuencos de variado tamaño, nunca excesivamente grandes, semiesféricos, y vasos con el cuello cilíndrico. Han aparecido bases que, en todos los casos, son planas. Finalmente, señalamos la presencia de vasos trípodes.

En cuanto a la decoración, estas piezas siguen la línea común a todos los castros de la región, sobre todo a los más significativos que nos sirven de guía en nuestras apreciaciones. Esta unidad que venimos afirmando queda, una vez más, patentizada. La decoración está formada preferentemente por incisiones muy amplias formando espigas, del mismo modo que las publicadas de Castrojeriz<sup>10</sup>. Suele ir asociada a otros tipos como acanaladuras, impresiones a punta de navaja, sobre cordones semicirculares o de media luna, muñones... Esto plantea una serie de cuestiones cronológicas, pues algunos de estos elementos constan de gran perduración como los cordones con impresiones, o las efectuadas a punta de navaja, que aparecen en la Primera Edad del Hierro asociadas a las cerámicas excisas o, en el caso de las acanaladas siguen hasta los momentos finales de los castros. Las impresiones a punta de navaja persisten durante la fase Cogotas II, como lo atestiguan los hallazgos de Numancia o Simancas. De todos el conjunto merece destacarse un fragmento que presenta esta asociación de acanaladuras e impresiones a punta de navaja o algún otro objeto punzante (fig. 2, n.º 12). Es de pasta negra con gránulos de cuarzo, hecho a mano y con la superficie exterior espatulada. Concéntricamente se suceden ambos motivos por tres líneas acanaladas rematadas en un círculo. El trazado es perfecto y de gran gusto estético. Lo mismo podríamos decir de otro fragmento decorado a base de franjas de acanaladuras que separan otras de incisiones formando triángulos e impresiones semicirculares o de media luna (fig. 2, n.º 11). Esta disposición es típica de los primeros momentos de la fase Cogotas II, como los de la propia necrópolis de Las Cogotas y Simancas.

La decoración estampada aparece en un único fragmento (fig. 2, n.º 13) de pasta clara, hecho a mano, y de cocción defectuosa. La estampilla tiene forma elíptica con unos motivos lineales paralelos y transversales a aquélla. Dentro del contexto cerámico posee una mínima representación. Plantea de

<sup>8</sup> J. CABRÉ, *Excavaciones en las Cogotas, Cardeñosa (Avila). II. La Necrópolis*, Mems.JSEA, 120, 1931, lám. XXIX, n.º 6.

<sup>9</sup> J. LUIS MONTEVERDE, *Los castros de Lara*, ZEPHYRUS. IX. 1958, p. 195, fig. 1.

<sup>10</sup> I. A. ABÁSULO. I. RUIZ VÉJEZ. *El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas indígenas*, ob. cit., p. 268-269, figs. 2 y 3.

nuevo el problema de las cerámicas estampadas en esta zona de la Meseta Norte. Finalmente hagamos una observación sobre otro motivo decorativo que aparece en el yacimiento: las impresiones en el borde de algunos vasos.

En cuanto a la cerámica celtibérica destacaremos el que presente una gran uniformidad técnica. La pasta es compacta y la cocción buena, hay vasos que tienen un fino engobe claro que, en algunos casos, se descascarilla. Los perfiles más gruesos corresponden a vasijas de gran tamaño, como tinajas u otras formas atípicas. En cambio otros pertenecen a pequeños vasos (cuencos, jarritas, etc.), con paredes muy finas, perfiles muy delgados, de cochura perfecta, buen tamizado y un sonido metálico característico. Esta calidad nos lleva a fechas tardías. La gama de formas es variada pero nunca alcanza la amplitud e importancia de otros yacimientos celtibéricos. En primer lugar citaremos las tinajas o grandes vasos, algunos de gran volumen y posiblemente forma esferoide, de modo que el labio llega a conectar con el cuello. Podemos distinguir dos variedades: Una que podríamos agrupar tipológicamente en el denominado «tipo B» de Roa (según denominación de J. D. Sacristán<sup>11</sup>), si bien, observando las figuras, se advierten algunas diferencias en su modelado; son formas muy sencillas, macizas, ya que la ñada se ha trazado con poco cuidado y el labio no está suficientemente individualizado. Otra (de la que forman parte algunas vasijas de borde atípico, al igual que en Roa) son asimilables al tipo B pero con el labio vuelto hacia el interior y doble ñada. Por ser fragmentos que sólo conservan el labio y el arranque del galbo es difícil determinar la forma completa, ya esferoide, ovoide u otros tipos más perfectos.

Frente a estos vasos hay otros, que, aún grandes, son de tamaño más reducido y corresponden a formas abiertas de amplio labio, que podríamos encuadrar en el «tipo A» del citado autor, aunque corresponderían a una modalidad más evolucionada. Además ofrece variantes. Las más frecuentes son de cuello cóncavo o anguloso, e incluso algunas de cuello cilíndrico, que escapan a esta tipología, aunque la disposición del labio sea la misma. Este no es idéntico en todas las formas, ya que la inclinación varía considerablemente, desde los 45° a los 90° e incluso, con relación al eje del vaso, diferenciándose del tipo B únicamente porque no presenta ñada.

Hay un vaso (fig. 3, n.º 30) de paredes verticales y gruesas con labio exvasado. En el interior aparecen numerosas franjas debidas al torneado. Corresponde a una forma típica pero recuerda a los llamados «sombrosos de copa» o ciertas formas del nivel *Ila* del Soto de Medinilla<sup>12</sup> y otras de Roa<sup>13</sup>. De gran tamaño, nos puede recordar los «barreños» que menciona Wattenberg.

<sup>11</sup> J. D. SACRISTÁN, *La población vacceo-romana de Rauda*, Memoria de Licenciatura mecanografiada, Barcelona, 1976, p. 85.

<sup>12</sup> F. WATTENBERG, *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, BPH, II, 1959, p. 201, tabla IX, 4.

<sup>13</sup> J. D. SACRISTÁN, *La población vacceo-romana de Rauda*, ob. cit., lám. 5.

También se han hallado varios fondos característicos de botellas, que nos indican cronologías tardías, con la base cóncava y franjas del torno. Hay fondos muy parecidos a estos pero pertenecientes a otras formas de paredes rectas siendo un tipo relativamente habitual en Roa <sup>14</sup>.

De estas producciones de tamaño grande señalamos, por último, un vaso (fig. 3, n.º 25) de paredes delgadas, a torno pero de pasta oscura. Presenta signos de la acción del fuego y posee, en el labio mismo, un asa con perforación vertical. Es de suponer que tuviese, por lo menos, otra simétrica en el otro lado. Este tipo de vasos con asa aparece en producciones hechas a mano en Numancia <sup>15</sup>.

Los fragmentos de vasos pequeños son más abundantes y con una variedad más amplia en cuanto a formas. Por una parte destacamos los típicos cuencos semiesféricos de perfiles muy finos que se diferencian por la disposición del labio, ya que mientras en unos se vuelve hacia dentro, en otros se exvasa, ligeramente esbozado. No suelen presentar decoración. Aparte de éstos, otras formas tienen el cuello cóncavo respondiendo quizás a pequeñas copas —copas escociadas— o simplemente a vasos de base plana. En otros casos el cuello es perpendicular, cilíndrico o ligeramente convexo. Estos tipos suelen presentar habitualmente decoración pintada en el cuello a base de semicírculos concéntricos o esquemas geométricos de líneas paralelas horizontales e inclinadas formando triángulos. Hay dos casos en que tienen forma semiesférica, cuello cilíndrico y labio perpendicular muy exvasado.

Independientes de estas formas presentamos algunos fragmentos de copas. Uno corresponde al borde y cuello de una copa escociada (fig. 3, n.º 32). Otro (fig. 3, n.º 48) es un galbo que tiene dos aristas, característica poco corriente en esta forma. Finalmente un fragmento de base de copa, de las de alto pie moldurado, decorada con una línea horizontal en cada moldura. Con relación a esta forma cerámica señalamos la aparición de una anilla, elemento plástico en la decoración de algunos modelos de copas.

Son interesantes también algunos fragmentos que corresponden a formas acampanadas, o en ciertos casos a jarras.

Presentamos por otra parte una pieza poco usual (fig. 3, n.º 23) en estos yacimientos. La pasta es de color pardo oscuro, muy fina y compacta, con una perforación circular en el eje vertical. En la parte inferior presenta una decoración concéntrica alrededor de la perforación formada por impresiones triangulares realizadas con un objeto diminuto y punzante. Sus paredes están afacetadas. Esta pieza podría corresponder a un pie de copa pero es muy maciza para este efecto; además en la parte superior no presenta signos de ruptura,

<sup>14</sup> J. D. SACRISTÁN, *La población vacceo-romana de Rauda*, ob. cit., lám. 78, 1 y lám. 93, 1.

<sup>15</sup> F. WATTENBERG, *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, ob. cit., tabla L, núms. 23-26.

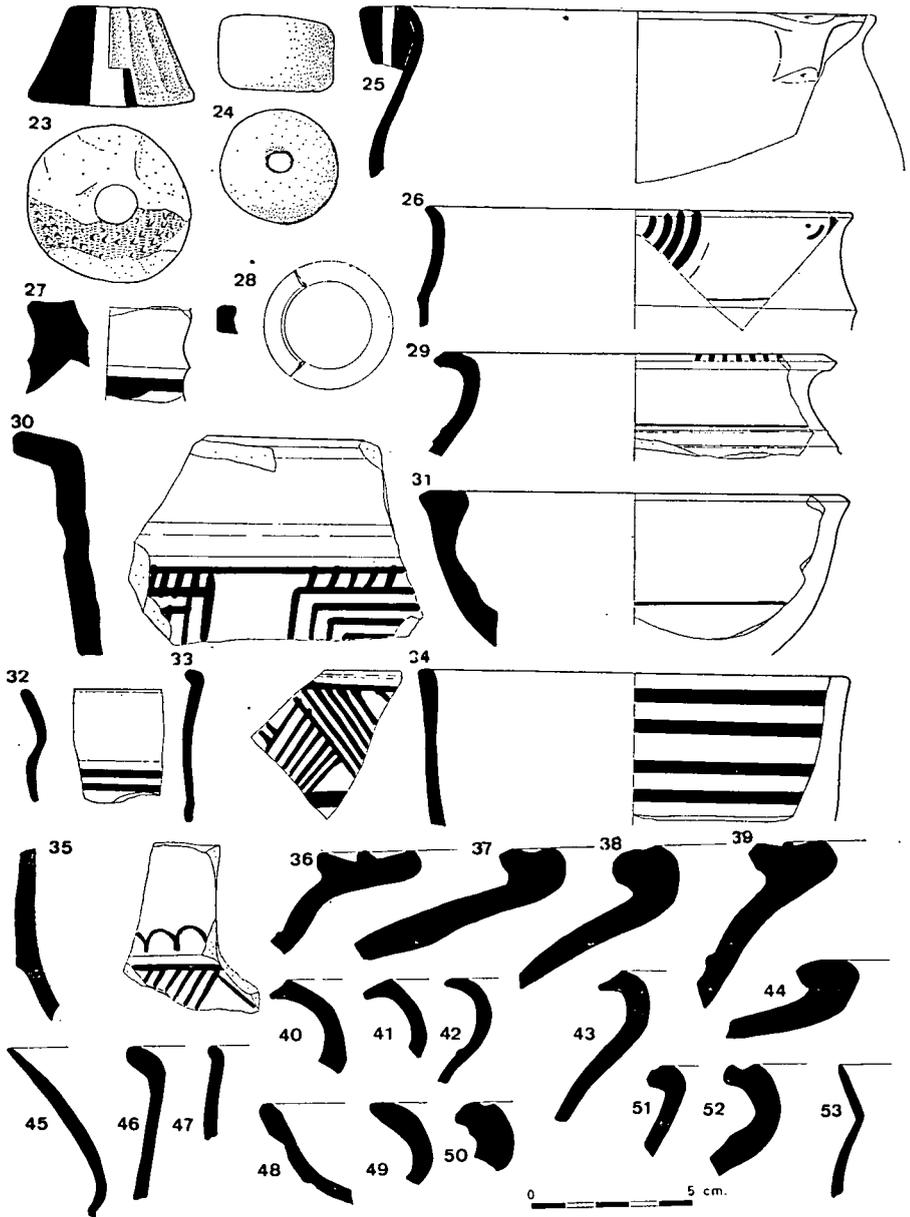


Fig. 3.—Ubierna. Cerámica procedente de La Polera.

por eso es más seguro que se trate de una pieza completa. Podría tener, quizás, un carácter votivo, o acompañar a un objeto de esta índole, a juzgar por el tipo de decoración. Tampoco podría descartarse la idea de que fuera una fusayola.

Finalmente consignamos la aparición de alguna bola celtibérica de barro cocido, una fusayola cilíndrica de pasta amarillenta no muy compacta y un mango de cuchillo hecho de asta de ciervo.

En cuanto a decoración se repiten una vez más los motivos uniformes y comunes a estas cerámicas. Son exclusivamente geométricos dominando los semicírculos concéntricos teniendo como base una línea pintada o una moldura. Otras veces son alternos y van asociados a otros motivos: líneas paralelas formando franjas y líneas inclinadas formando triángulos rellenos. Otro motivo que aparece son los sectores de círculos concéntricos, generalmente asociados a vasos de cuello cilíndrico, centrándose la decoración en dicho cuello aunque a veces se halle en el galbo. Junto a las líneas paralelas señalamos la presencia de líneas onduladas alrededor del vaso formando franjas. De todo el conjunto distinguimos un motivo, también geométrico, que parece corresponder a un tema de meandros. Por último un único fragmento presenta decoración en el labio e interior del vaso, con un tema formado por simples líneas paralelas perpendiculares al labio. El porcentaje de fragmentos celtibéricos pintados es mínimo con relación al conjunto, pero es necesario señalar que el trazado suele estar muy cuidado sobre todo en cerámicas de paredes muy finas, con engobe en algunos casos, y en vasos de pequeño tamaño.

IV. LA ESTELA DE UBIERNA.—El hallazgo más reciente y seguramente el más importante producido en Ubierna lo constituye una estela en piedra caliza procedente de una de las tierras próximas al conjunto arqueológico castro-necrópolis, posiblemente de uno de los túmulos que antes citamos<sup>16</sup>. Su forma apuntada se resalta por una cuidadosísima labra de pulido externo en todo el contorno. Está decorada en sus dos caras, aunque lamentablemente el arado ha borrado buena parte de la decoración de lo que constituye el reverso y un sector —insignificante en aras de su reconstrucción— del anverso. Las medidas son  $0,78 \times 0,36 \times 0,20$  m. en sus dimensiones máximas.

El anverso comprende una superficie decorada por trazos fuertemente incisos en labra a bisel. Dentro de un marco formado por doble línea que separa el espacio donde se hincaba, se representa una figura humana en disposición frontal fuertemente esquematizada (más propiamente cabría hablar de una abstracción). Se distinguen las partes principales del cuerpo que son resaltadas por la forma de la estela: la cabeza —un trapecio—, el cuello, los brazos vueltos sobre el pecho (¿un escudo?) y las piernas recogidas (si no se trata de algún género de vestido). En toda la parte superior, cabeza, cuello, así como dentro de los brazos, aparecen numerosas cazoletas.

<sup>16</sup> Agradecemos a don J. Campillo la noticia del descubrimiento de la estela, así como la mayor parte de los materiales de la villa que publicamos. Igualmente damos gracias a don I. del Río por dejarnos fotografiar la estela y proporcionarnos valiosos datos sobre su hallazgo.

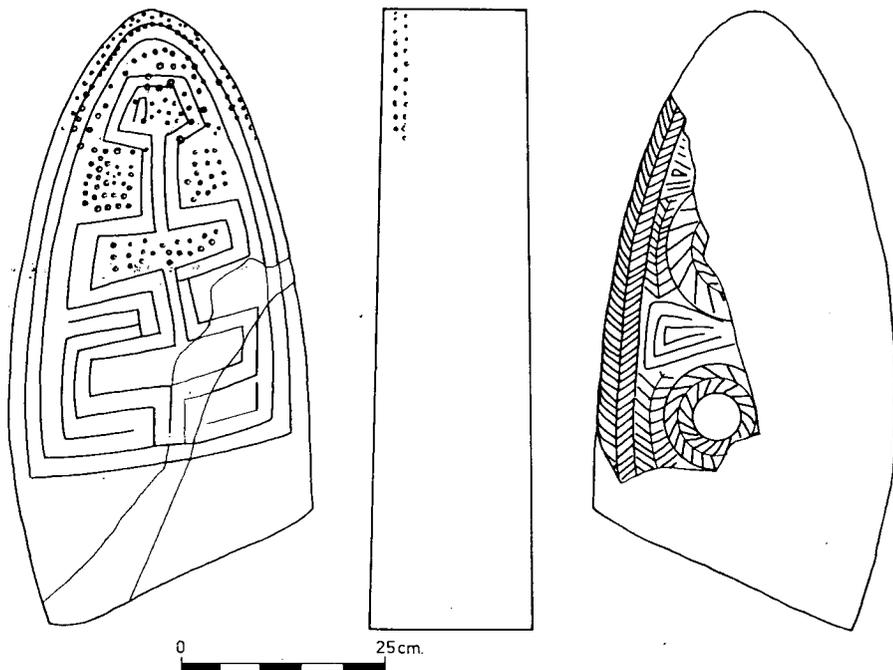


Fig. 4.—Ubierna. Anverso, perfil y reverso de la estela.

El reverso tiene una ejecución más delicada. En fina incisión aparece un marco cordiforme que se dispone al exterior; dentro del mismo pueden verse restos de un círculo, mayor en el centro, formado por un sogueado que gira en el sentido de las agujas del reloj; arriba de éste no sabemos qué motivo existiría; por bajo, en la actualidad, se ve un círculo (habría dos) con igual motivo. En los espacios libres el mismo tema de sogueado y triángulos en las zonas intermedias.

Dado lo reciente de su hallazgo no nos ha sido posible encontrar paralelos convincentes que nos lleven a clasificar de manera oportuna la estela. Parece clara su filiación céltica (discos solares, sogueados...) aunque no tengamos otra referencia que las piedras hincadas de las necrópolis excavadas por el marqués de Cerralbo en la provincia de Guadalajara, formalmente algo semejantes. La abstracción de la figura humana que se nos muestra en el reverso encaja bastante bien con los conceptos de Jacobstahl —seguidos por otros autores— y puede relacionarse con algunas cerámicas de Numancia, del mismo modo que igual concepción pero expresada de manera diferente la tenemos en los llamados guerreros lusitanos.

Su interés se acrecienta por cuanto replantea —a nuestro modo de ver— aspectos cronológicos de algunas estelas funerarias (por ejemplo, las de Clunia con letreros en caracteres ibéricos) de técnica y factura muy diferentes y

claramente en línea con lo que serán más tarde las estelas hispanorromanas del Centro de la Península. Muy posiblemente la data de aquéllas haya de rebajarse muy mucho más, acaso, haya que modificar los conceptos de «celta» o «celtizante» que han adjetivado bastantes ejemplos, los cuales en la mayoría de las ocasiones responderán a presupuestos traídos con la romanización.

V. LOS HALLAZGOS DE ÉPOCA ROMANA.—Aunque D. Hergueta sostiene la procedencia del poblado asentado en La Polera de materiales inequívocamente romanos como dos figuritas de bronce (un dios Mercurio y una figurita animal, un cordero) no hemos podido documentar apenas restos de esa

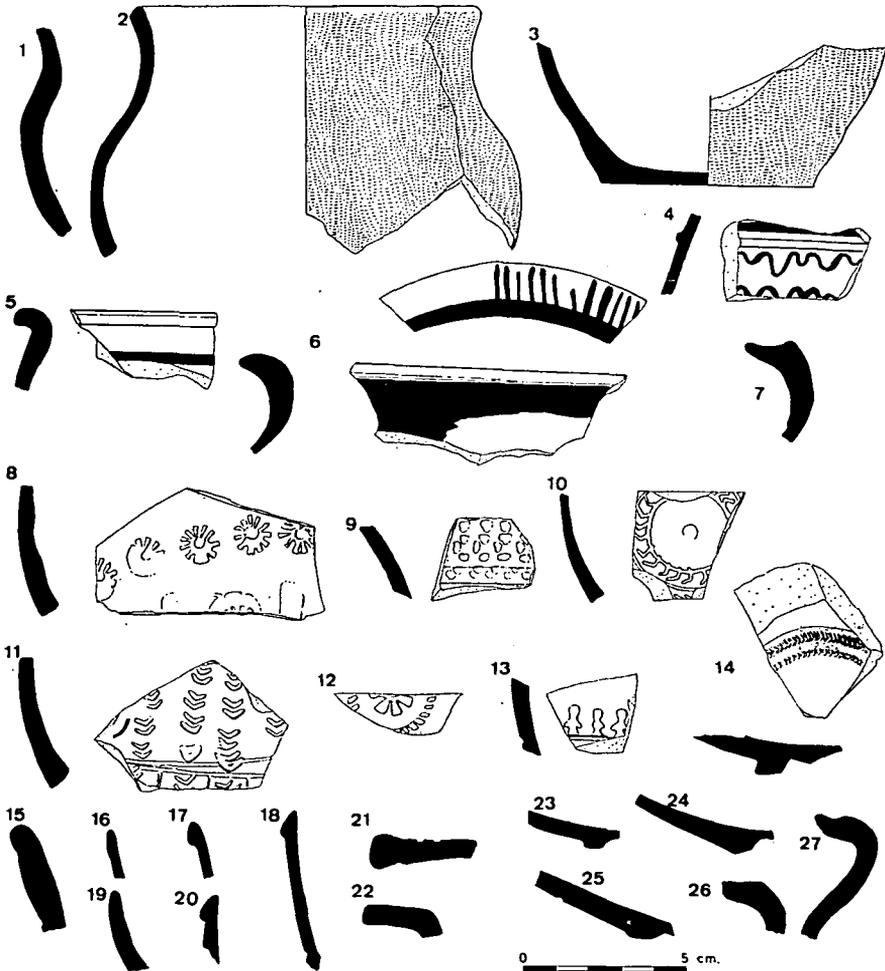


Fig. 5.—Ubierna. Cerámica procedente del yacimiento situado junto al río: 8-25. Terra sigillata; 26-27. Cerámica común romana.

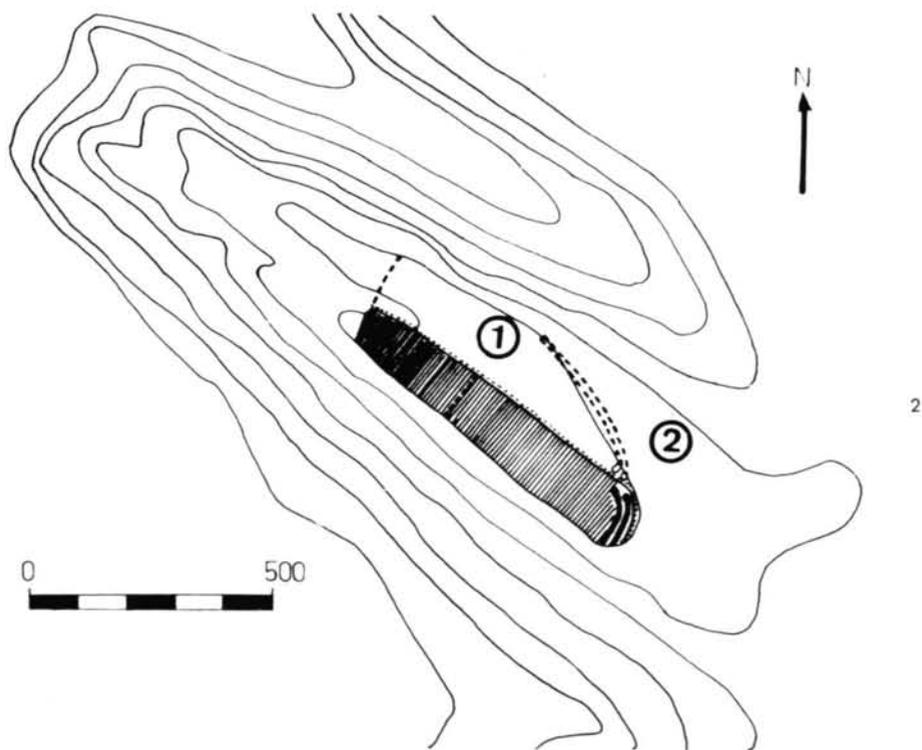
época salvo en el yacimiento contiguo al curso fluvial, en el cual —por otro lado— encajan mucho mejor los antedichos hallazgos. Cabe la posibilidad de que Hergueta los viera en manos particulares (de hecho uno fue vendido a un anticuario) y los asociara al castro sin otro género de indagaciones.

La cerámica romana incluye materiales de tipo común así como los reiterados fragmentos de terra sigillata. Hay bordes y fondos de la variante hispánica tardía y algunas formas de terra sigillata clara. Los fragmentos decorados que publicamos —excepción de uno con ruedecilla, más antiguo (siglo II)— son de la forma 37 tardía con los abundantes motivos circulares multipétalos y con decoración de espiga o puntas de flecha de amplia difusión y reiteradamente repetidos en el Norte durante el siglo IV.

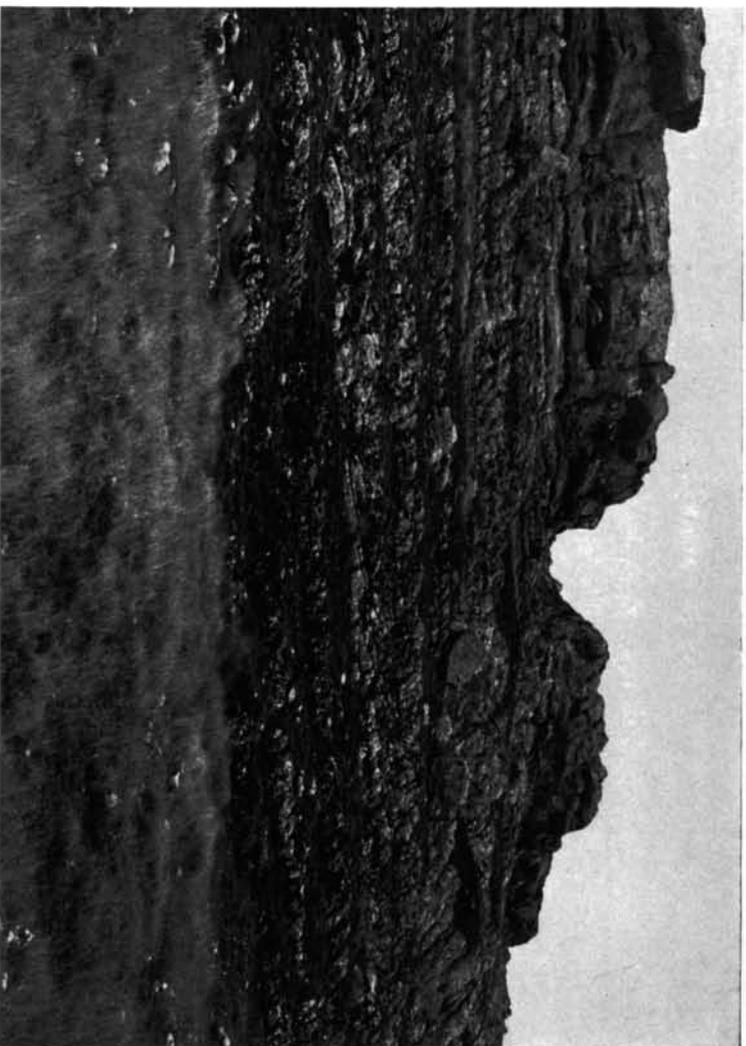
Poco puede decirse del cordero de bronce que Hergueta acertó a ver y cuyo destino ulterior ignoramos. El paralelo que este erudito consiguió respecto a los de Sasamón nos puede dar sólo una idea aproximada de su carácter. El Mercurio, por contra, se conserva en el Museo Arqueológico Provincial de Burgos; mide 6 cm. y es reflejo de un modelo bastante común: la figura, desnuda, empuña en su mano derecha el *marsupium*; en la izquierda lleva el caduceo mientras que en el hombro del mismo lado descansa la *chlamys*. Otros atributos aquí presentes son las atrofiadas alas de los pies y el *petasos* asimismo alado<sup>17</sup>. Puede fecharse esta pieza en la primera mitad del siglo II d. C.

VI. CONSIDERACIONES FINALES.—En todos los castros de esta zona, por ahora, no hay un contexto claramente definido de la Primera Edad del Hierro. Salvo que se demuestre lo contrario esto plantea una serie de cuestiones que hace que la transición se nos presente como un tema conflictivo. La ausencia de materiales del primer período en los núcleos de población de la Segunda Edad del Hierro nos indica que quizás debamos buscar sus asentamientos en otros lugares de características distintas (en Ubierna quizá junto al río). Las necesidades de defensa y otras circunstancias más perentorias obligaron a estas nuevas gentes a ubicarse en centros estratégicos y protegidos de modo natural, de difícil acceso y defensa fácil. Nos encontramos ante dos tipos de gentes totalmente distintos. Los primeros parece ser que se asentaron en suaves lomas, fenómeno vinculado seguramente a una agricultura itinerante. En este sentido podemos citar entre otros el yacimiento inédito de Villamorón o el de Moradillo de Roa que presentan estas características. Por otra parte debemos tener en cuenta la existencia de núcleos de población en alturas tanto en la Edad del Bronce (Modubar de la Emparedada) como en la

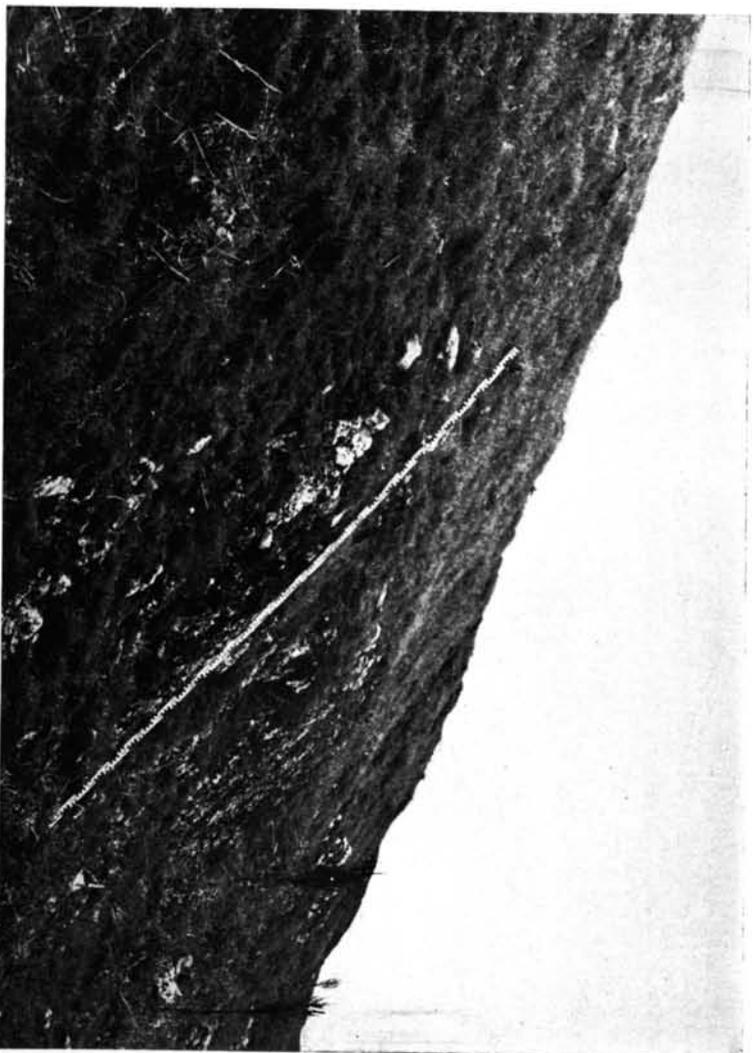
<sup>17</sup> Se conocen varias réplicas como la de Ubierna. Vid. por ejemplo, A. N. ZADOKS, W. J. T. PETERS, W. A. VAN ES, *Roman Bronze statuettes from the Netherlands. II*, Gronningen, 1969, p. 104, n.º 44.



Ubierna: 1. Fotografía aérea vertical en el sector de La Polera.—2. La Polera. Aparece rayada el área el castro; con trazos gruesos se marca la muralla. Se indican las dos necrópolis con los números 1 y 2.



1



2

Ubierna, La Polera: 1. Acceso SW.—2. Foso.



1 y 2. Ubierna. Estela.



Primera Edad del Hierro (Yecla, en Santo Domingo de Silos). Por tanto no resulta tan desacertada la idea de una continuidad en el poblamiento. En la Segunda Edad del Hierro acaso tenga que ver el inicio de un proceso lento de estabilización determinado por unos cambios en la economía y nuevas necesidades, un aumento en la densidad de población materializado en el elevado número de castros existentes, algunos de gran importancia. Es pues en estos momentos cuando se inicia el amurallamiento de estos centros. Esta circunstancia es común a todos los de la Meseta en un momento determinado, entre el 500 y el 400 para Sanchorreja, siendo aceptable esta cronología para nuestro yacimiento.

El estudio de las cerámicas, como hemos visto, nos ayuda a hacer una serie de precisiones. La más importante, arriesgada y punto de partida para otra serie de consideraciones, es la uniformidad de este área en cuanto a tipologías y decoraciones, individualizada frente al contexto arqueológico de la fase Cogotas II. Esta zona estuvo supeditada, qué duda cabe, a las influencias procedentes tanto del Norte como del Sur, y, sin embargo, aparte de perduraciones de viejos tipos —bien patentes en algunos yacimientos— adquiere una individualidad no suficientemente valorada hasta ahora y que poco a poco se va poniendo de manifiesto a medida que los nuevos hallazgos se producen. En su día destacamos el importante papel de este aspecto en estos momentos de la Segunda Edad del Hierro<sup>18</sup>. El mundo de las cerámicas incisas se aparta de la concepción tradicional y adopta nuevas formas. Los mismos temas que estudiamos en Castrojeriz se repiten de nuevo en Ubierna. No alcanzan la magnitud de aquél, además de no aparecer ciertos motivos como las impresiones de muelle, tema central en Castrojeriz. Sin embargo, aparecen algunas asociaciones (impresiones a punta de navaja, acanaladuras) que si bien existen en algunos yacimientos del Centro de la Meseta, pueden tener un origen más claro en la zona del Ebro. Es curioso como en yacimientos más al N. (Soto de Bureba, recientemente estudiado por nosotros) estos temas se difuminan. Las incisiones, motivo raramente expresado, son simples trazos, que en algunos casos recuerdan más a las acanaladuras. Por otra parte aparecen con cierta frecuencia en la decoración de los vasos tetones o mamelones de muy diversas formas, ya semiesféricas, prismáticas o cónicas. En el primer caso se trata de un motivo típico de los castros de Lara que nos acerca, como en los otros casos, a un ambiente próximo a Miraveche. Además ciertas piezas catalogadas como patas de vasos trípodas necesitan una revisión, pues son excesivamente planas y recuerdan más las típicas asas de los vasos de imitaciones metálicas de la necrópolis de Miraveche.

La casi total ausencia de decoraciones estampadas apoya nuestras aprecia-

---

<sup>18</sup> J. A. ABÁSULO, I. RUIZ VÉLEZ, *El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas indígenas*, ob. cit., p. 267-272.

ciones. Raro es el fragmento que aparece en estos castros. Por ahora no existe ninguno con las típicas estampaciones de patos, eses, etc. Salvo en algún caso de Lara suelen ser simples estampillas circulares o elípticas con líneas paralelas, muy sencillas, que se alejan de las características de la fase Cogotas II. De momento tampoco han aparecido éstas en vasos torneados. Algo tiene que ver con este problema el reciente hallazgo efectuado en el Berrueco de decoración excisa asociada a estampaciones circulares<sup>19</sup>. Según sus descubridores, este último no es motivo exclusivo de Cogotas II, sino que es típico hallstático utilizado a finales de Cogotas I y que enlaza con la Segunda Edad del Hierro.

Si admitimos la hipótesis de una influencia tardía de las técnicas celtibéricas, la ausencia casi total de cerámicas estampadas y la cronología comúnmente aceptada de inicios de la Segunda Edad del Hierro en el centro de la Meseta, queda un espacio de tiempo considerable donde hubo pocos cambios. Parece seguro, según los testimonios de los restos metálicos, que el mayor auge de estos núcleos debió situarse en torno al siglo III, sobre todo a finales, así como a principios del siglo II a. C. De todas formas durante el siglo IV y el transcurso del siglo II a. C. debió configurarse la unidad formal de esta zona que la definiría más tarde. La cuestión no está del todo clara y será necesario esperar a disponer de más elementos de juicio que permitan profundizar en el tema.

La práctica inexistencia de materiales propios de la época romana en el castro (un fragmento de sigillata hallado por nosotros) apuntan a un abandono del poblado en una fecha próxima a las guerras cántabras debido a la cercanía de la vía de operaciones seguida por el ejército romano la cual discurría pocos kilómetros al S. Posiblemente el castro de Ubierna, fronterizo entre turmódigos y cántabros, no debió ser ajeno a las fricciones de ambas tribus según nos cuentan las fuentes. El caso es que la primitiva población o lo que de ella quedó debió buscar un nuevo, que era viejo, lugar de habitación en las tierras llanas. De este primer momento apenas hay restos, ocultos como es normal por las fases de ocupación más recientes, si bien no obsta para que se hallen mezcladas cerámicas del castro viejo. Su importancia debió decrecer de forma notable, y no hay epígrafe que documente el grado de latinidad o indigenismo de estas gentes puesto que la estatua de Mercurio poco o nada aclara a este respecto. Serán siglos posteriores ligados al Señorío —apodado de Ubierna— los que marquen una nueva época para estos lugares, y, curiosamente, el castillo escogerá no las inhóspitas crestas, sino un espigón más recogido al mediodía a cuya vera se dispuso —se dispone todavía— el caserío medieval.—  
J. A. ABÁSULO ALVAREZ y I. RUIZ VÉLEZ.

<sup>19</sup> R. MARTÍN VALLS, G. DELIBES, *Sobre la cerámica de la fase Cogotas I*, BSAA, XLII, 1976, p. 14-15.